

¿Existen "los políticos"?

Alberto Zamuner

¿Existen “los políticos”?

Alberto Zamuner

Capítulo 1

Nos encontramos con demasiada gente que ante cualquier problema lanza el veredicto de que sus responsables son *los políticos*.

Esa señalización de culpables concibe a *los políticos* como una unidad homogénea. Ni siquiera la diferencia entre partidos parece determinar alguna diferencia entre ellos; más bien es tomada como un invento para *disimular* que son todos iguales, para fingir que se preocupan por el bien común y hacer el papel de luchadores, cuando ocupan sus puestos para, como mínimo, cobrar un sueldo, y, como máximo, hacer trampas para llevarse a manos llenas el dinero público.

Pues bien: si los políticos son invariablemente malos, e invariablemente incapaces, porque ni para disimular son capaces de gobernar bien, ¿por qué toda la otra gente, invariablemente más virtuosa, honesta y capaz que ellos, no pone en acción su capacidad superior y se los saca de encima?

Si se accede a los cargos públicos por medio del voto de la gente, ¿por qué *la gente* vota precisamente a los indecentes e incapaces que van a perjudicarla? ¿Por qué no se presentan *los buenos* para competir con ellos y, por el solo hecho de ser buenos y más inteligentes que ese grupo infradotado, no reciben el voto de sus congéneres para desalojar a esos engendros no-humanos?

Si es tan fácil distinguir entre políticos y no-políticos, ¿por qué estos últimos, que además de poseer más virtudes son mayoría, no los desalojan del poder y arreglan todo lo que anda mal?

Por el camino que tomemos, si proponemos que todos los que viven rezongando intenten una solución al problema que dicen padecer terminamos desembocando, o haciéndolos desembocar, en el absurdo. Ese "problema" da lugar al absurdo cuando se cree que se está hablando de soluciones. Pero resulta que los que creen en ese problema jamás lo pensaron para solucionarlo: lo piensan y seguirán pensándolo para *no solucionar nada*.

¿Por qué alguien puede preferir *no solucionar nada*? Pareciera otro absurdo, pero tiene una respuesta fácil: *la opción de no solucionar nada no requiere ningún esfuerzo*.

Este es el objetivo de esos tantos que se creen más capaces y mejores que los otros.

Para evitar esforzarse, la mejor opción es eliminar todo intento de mejorar la vida, ya sea particular o social. Y para que esto no parezca una mala elección, la mejor opción es convencerse de que *no hay solución posible*. Esta finalidad, que por supuesto se tiene sin decirlo, da sentido al aparente absurdo de que unos pocos incapaces dominen a una inmensa mayoría de capaces.

Si nos preocupamos porque la sociedad mejore, sepamos que ese voluminoso conjunto de quejumbrosos *no será una fuerza capaz de mejorarla*.

La salida sería llamar a cada uno, en caso de que podamos hablar con él, a emerger de su propia trampa, a atreverse a enfrentar la vida y a hacer algo por ella. De ahí en adelante, para quien sea capaz de *ir hacia adelante*, es posible pensar en soluciones y encontrarlas.

Es difícil; pero la única manera de ser honesto, de respetarse a sí mismo y a la sociedad por la que vale la pena preocuparse, es no sumarse a ese empeoramiento mental y llevarle la contra a quienes lo practican, aunque sea para salvar la dignidad y saber que uno sigue siendo sano.

Si se supone que esto es un intento presentar a los políticos como *buenos*, la respuesta es simple: al romper la idea de tomarlos como un *bloque homogéneo* desembocamos naturalmente en que *no son todos iguales*. Si no son todos iguales puede haber unos que aspiren a ocupar cargos para tener a mano el dinero público, y puede haber, como en ese resto de la humanidad no tan distinta a ellos, quienes se preocupen por otra cosa. Y esos que se preocupen por otra cosa pueden ser los que valga la pena elegir, en vez de aplicar esa discriminación general que convierte la política en un juego de azar.

Y si no encontramos a nadie tan bueno y capaz como nosotros, tal vez seamos nosotros los que realmente merezcamos gobernar.

El siguiente paso sería presentarnos a elecciones y derrotar a *los malos*. Aunque esta opción encierra un peligro: que se diga que somos *políticos* y se nos lancen encima esas acusaciones e insultos tan fáciles de arrojar sobre los demás.